

á este término!... La leña empieza á escasear; hoy por la mañana la plebe se metió á las casas [del rumbo de San Francisco, y desquiciando puertas y ventanas las sacó para quemar la madera... Ni en diez, ni en quince años se repone Puebla de este sitio.

— Pues es nada en comparación de lo que le pasa á la tropa, observó Pancho: los soldados comen un pan horrible, hecho de arvejones, arroz, garbanzo, frijol y todas las barreduras que se han podido encontrar en las tiendas de abarrotes... y luego tienen que batirse cinco ó seis horas seguidas; sobre todo, ese eterno, ese increíble caldo de arvejones nos tiene ahitos: figúrense que me cuentan que ayer estuvo el señor Ortega en el hospital número uno; vió á un soldado que se desnudaba y le preguntó por qué lo hacía, figurándosele tocado de delirio...

— Mi General, me desnudo para echarme á este mar á ver si pesco unos granitos de arvejones, contestó el muchacho...

— Hay ya muchísimos casos de tifo entre la tropa, y los pobres soldados, aunque nada dicen, están muriéndose como moscas... Cien fanegas de maíz había ayer en la Comisaría general; piensen ustedes que debido á las requisas y á los cateos como el que tanto duele al amigo Sedeño, se encuentre otro tanto, el doble, el triple... somos cincuenta mil entre militares y paisanos, y naturalmente, todos comemos... conque, echen trazas.

— El que la acertó fué don Juan Romo, gimió Sedeño... Él sí supo lo que hacía.

— ¡Válgame Dios, papá, exclamaron llorando las niñas; eso es tentar á Dios de paciencia! Cuando él y la Virgen del Rosario nos han librado de tantas calamidades, tú te desesperas porque te llevan unos cuantos granos de maíz...

— Ustedes están lelas; tiene razón el padre don Vicente; las mujeres son tontas y vale más no mirarlas... Hasta las monjas son detestables; si mi amigo no se hubiera reunido con ellas, estaría á las mil maravillas, diciendo más latines en un rato que el Papa en diez años. Y se retiró á charlar con don Vicente.

El pobre padrecito estaba convertido en un tonto. No más anteojos con arillos de oro, no más sotana limpia y coruscante, no más melena blanca rizada con arte; estaba convertido en un memo y no veía, oía, entendía, ni respondía cosa concertada. Los primeros días fueron de un abatimiento y de una sedación espantosos; pero en cambio apenas escuchaba un tiro y la mansedumbre se le convertía en furia. Recorría la casa de arriba á bajo, se metía en todos los cuartos y no cesaba de gritar *¡pum, purrum, purrum!* hasta que la fatiga le postraba.

A Eugenia le ocasionó grandísimo susto un día que se metió á su cuarto á eso de las siete, siendo completamente de noche. El mamón chupaba con todas sus fuerzas, la

madre pensaba en el ausente, se oía un lejano cañoneo... Don Vicente, que se había introducido sin que lo oyera alma viviente, simuló con la boca, y por cierto muy bien, el chillar de la espoleta, y luego empezó á gritar desordenadamente *chiiiss, pum* y á brincar haciendo danzar el manteo como si estuviera dotado de movimiento propio, y sus piezas fueran tres ó cuatro murciélagos ó diablos que se hubieran puesto á bailar cada uno por su cuerda. La Jecker estuvo á punto de enfermar del susto. Pasados aquellos días don Vicente fué entrando en caja. Permanecía sin hablar horas enteras, y cuando desplegaba los labios era para quejarse amargamente. Decía que los franceses le habían introducido diablos en el cuerpo y que era menester sacárselos abriéndole el estómago.

— Aquí, aquí los siento; son á manera de piojitos minúsculos, pero á medida que van hincando las garras en la carne se convierten en gigantes que me soplan al oído cosas terribles... Me dicen que Lydia podía haberme amado con el fuego con que yo la amara—*me torret facet mutua*;— me aseguran que debo yo matar y herir á muchas gentes y que debo irme á esos montes altos que allí se divisan y revolcarme en la hierba, y comérmela y ser á manera de Nabucodonosor...

Cuando alguien le interrogaba sobre cómo se le habían metido aquellos diablos, él respondía:

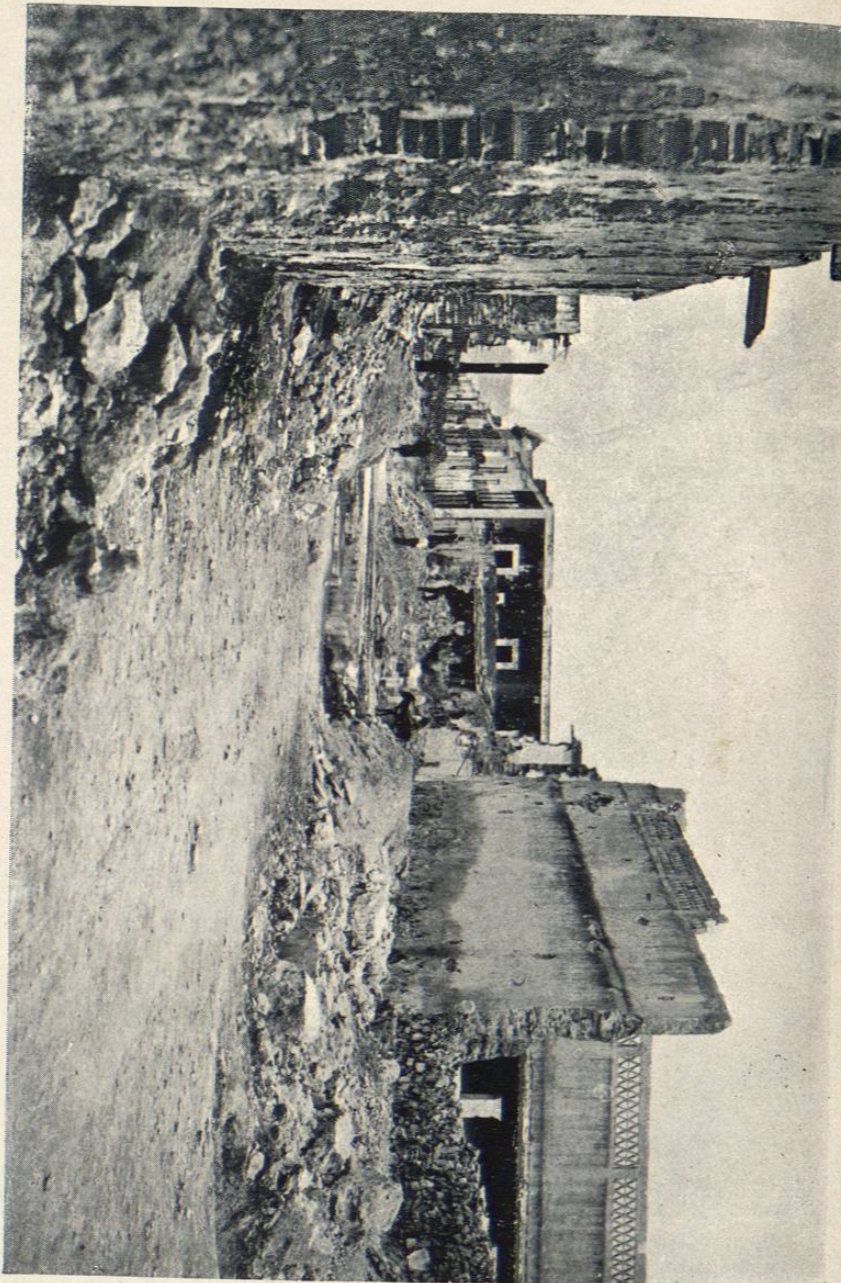
— Por la electricidad, por las máquinas eléctricas que

traen estos franceses de Satanás... Hay ratos en que puedo cogerles; pero entonces, de grandes que eran, se vuelven chiquirrititos y son como polvillo impalpable... Aquí hay algunos quintillones... Aguardan á que les coja con mi paliacate... ¿Les vieron? Volaron casi todos; pero aquí me quedaron unos cuantos... Véanles cómo se remueven... Razón tenía el librito que me prestó la finada doña Pancha... Tan pronto como cese esta guerra maldita, voy á proveerme de alcanfor y conseguiré echar á los diablillos estos...

Miguel y Eugenia solían oír aquellos disparates; mas á poco se sentían llenos de lástima y se conformaban con excitar á don Vicente á que comiera cosas de substancia, que no dejarían de darle salud.

A los pocos días que el prisionero regresó á su casa, el hambre siguió en aumento, y la comida en menguante. Lo poco que Miguel conseguía llevar de la Proveduría, acababa en un rato; Eugenia apenas encontraba con qué vivir gracias al auxilio de Pancho, que guardaba para la chica los jarritos de leche con que le obsequiaban los veracruzanos. Don Bernabé estaba cada día peor; azotaba de pie y mano como convelido, se irritaba por cualquier causa, pedía á gritos su caldo con *vitualla* y sus huevos cocidos, y cuando se convencía de que no podían darle nada, se echaba á llorar como un niño.

Una mañana se envolvió en la pañosa, se caló hasta



Calle del Pitimí, después de la rendición de la plaza

Reproducción directa de una fotografía

las cejas el sombrero de fieltro y salió de la casa decidido á que le mataran ó á llevar que comer á sus gentes. Cabalmente era el día en que el Cuartel general había consentido en que se retiraran los vecinos que lo desearan, contando con la protección de los cónsules y la misericordia de los franceses.

Sedeño llegó hasta el Carmen y se encontró como mil personas que iban á intentar la aventura. Eran todas gentes que sufrían los horrores del hambre más negra dentro de la plaza y que confiaban en la humanidad de los sitiadores para poder retirarse á cualquier otro punto en que no se oyeran balas y se pudiera comer un poco. Muchas personas que frecuentaban la Catedral fueron á saludar al sacristán, que al verse entre aquel público amigo, recobró á poco su buen humor.

— Saldremos porque saldremos; en el otro lado hay cristiandad, temor de Dios, gana de granjearse las voluntades de la gente poblana y... mucho que comer... Luego que empiece el movimiento de esta columna de hambrientos, iré á mi casa y en un decir Jesús, me traeré á las muchachas...

Tomaron la arquería del Carmen; pero los tiradores de la trinchera empezaron á hacer fuego con furia.

— ¡Caramba, carambita! dijo Sedeño; nos han confundido con los sitiados; hay que hablarles; hay que decirles y que probarles quiénes somos y lo que queremos... ¡Se-

ñores franceses, no tiren!... ¡somos nosotros, gente inofensiva, gente buena!... ¡Somos moros de paz; no tiren!

La columna se había dispersado en gran parte y sólo quedaban al frente una mujerona con un niño en brazos, dos viejas que parecían signos de interrogación, y tres ó cuatro curas.

— Vamos al llano; allí no nos pueden confundir con los sitiados... Es claro; ¿cómo van á saber que somos los hambrientos y no los defensores de estos fortines de Satanás?...

Siguió el cortejo de famélicos y salió á la llanura tras de rodear dos zanjones recién abiertos. Iba al frente Sedeño envuelto en la capa con embozos de grana, tardo el paso, pero brillante la mirada y seguro el ademán; tras él seguía la comitiva entera, que había concebido la esperanza de que no la confundieran con los orteguistas.

Al asomar en la llanura la columna de infelices, llegó dando tumbos negligentemente, una bala de cañón que arrojó un puesto francés distante; siguió á poco otra que vino bien apuntada y que se estrelló en la trinchera mexicana, y luego la *esquitera* de la fusilería, continuada y firme.

— ¡Nos tiran á dar!

— ¡Y con bala!

— ¡No nos han conocido!

— ¡Las que traigan niños, que los alcen en alto!

— ¡Levanten bien las banderas blancas!

— ¡Adelántense los que las traigan!

— ¡Esto es un abuso! gritaba Sedeño; lo sabrá el señor Forey y tendrán que componerse... ¡Disparar contra el pueblo, contra la gente pacífica!...

— ¡Vámonos retirando, que ya cayó uno herido de una pierna!

— ¡Y aquella señora acaba de recibir un rozón en la frente!

— ¡Vámonos ocultando en esta nopalera!

— ¡Mejor es el vallado!

— Yo no me escondo; quien quiera seguirme, que venga conmigo; no puede ser esto sino una equivocación.

Empuñó un carrizo que tenía enrollado un pañuelo blanco y se encaminó silenciosamente al puesto francés. Como cesara el fuego al verle acercarse, recobró la confianza y empezó á mirar aquellos campos con aberturas, anegados, llenos de caballos muertos y de carros rotos; el divino panorama del valle poblano se ocultaba á la vista, y sólo se veían en término distante, como espejismo engañoso, las cimas de los cerros cubiertos de verdura. Había andado Sedeño obra de veinte pasos, cuando vió venir á un soldado vestido de azul, que sin pedirle permiso, le tapó los ojos con la misma bandera de parlamento; y así fueron sargento y sacristán, el uno arrastrando el

sable y el otro arrastrando la capa de embozos colorados, hasta llegar al fortín cercano.

Como media hora tardaría Sedeño, y al cabo se presentó conducido por el sargento, pero más afligido que antes.

— ¡No hay salida! dijo; creen los franceses que si nos dejan movernos, retardarían ellos mismos la rendición de Puebla; si nos quedamos, nuestras quejas conmoverán á los juaristas y se entregarán.

— ¡Pues pasaremos en tropel y no lograrán impedirnos el avance! gritó uno.

— Pero fíjese usted, observó Sedeño, en que después de esta fortificación hay otras muchas y que luego siguen los cuerpos del ejército entero.

— ¿Y qué hacemos ahora?

— ¡Volver á nuestras casitas, gimió el sacristán, y morir en ellas de hambre ó de bala!

— ¡Pero eso es una inhumanidad!

— ¡Es una infamia!

— ¿Y qué les damos de comer á estos niños?

— ¿Y cuánto más durará esto?

— Pregúntelo usted á Ortega, y quizás ni él se lo pueda decir.

— Pues á casa, amigos míos, murmuró don Bernabé.

Y tomó la delantera, enlodando la pañosa de vueltas de grana.